

Índice

PRESENTACIÓN

1 Jonathan Harker

2 El castillo

3 El conde Drácula

4 La biblioteca

5 ¡Una prisión!

6 La noche más terrible

7 Los cingaros

8 La capilla

9 Las dos amigas

10 El barco fantasma

11 Lucy

12 La reaparición de Jonathan Harker

13 El profesor Van Helsing

14 Flores para Lucy

15 La muerte viene a buscar a Lucy

16 Drácula, otra vez

17 Una mujer muy guapa

18 El profesor Van Helsing conoce a Jonathan y Mina

19 Una noche en el cementerio

20 La «no muerta»

21 Los vampiros existen

22 El loco

23 La mansión Carfax

24 La pista de las cajas

25 Drácula ataca a Mina

26 La persecución

27 El conde se escapa

28 La idea de Mina

29 Transilvania

30 El miedo

31 El trabajo del profesor

32 El ataque final

Y TÚ, ¿CÓMO LO VES?

GLOSARIO



PRESENTACIÓN

Jonathan Harker viaja hasta Transilvania para llevar unos documentos al conde Drácula.

Él cree que en un par de días podrá terminar el trabajo y volver a Inglaterra, al lado de su prometida, Mina.

Sin embargo, todo será muy diferente de como el joven se imagina; el castillo del conde Drácula esconde terribles secretos. El más importante y temible de todos es la personalidad del conde, ya que, en realidad, ¡Drácula es un vampiro!

Jonathan logra escapar del castillo y se casa con Mina. Regresa a Inglaterra e intenta olvidar todo lo que ha vivido en el castillo de Drácula, pero no puede hacerlo.

El conde también ha viajado hasta Inglaterra e intenta expandir el mal por todo el mundo. Lucy, la amiga íntima

de Mina, será su primera víctima. Más tarde, la propia Mina será perseguida por el conde.

Jonathan y Mina deciden luchar y destruir a Drácula.

Lo harán con la valiosa ayuda del doctor Seward y el profesor Van Helsing, un experto en vampiros.

N. P.

1 Jonathan Harker



El tren llegó a Bistrita, un pueblo de la región de Transilvania, en Rumanía. Era pequeño y estaba situado al lado de un río.

Cuando el tren se detuvo, Jonathan Harker bajó del vagón. Había sido un viaje muy largo desde Londres.

Tenía que ir al hostel La Corona de Oro y lo pudo encontrar fácilmente.

Resultó ser un lugar agradable, y la hostelera, de cara sonrosada y ojos alegres, le atendió con amabilidad.

Parecía una campesina, como las que había visto desde el tren mientras atravesaba Transilvania.

Después de cenar, Jonathan le preguntó:

—¿Sabe dónde está el castillo del conde Drácula?

Aquella pregunta sorprendió a la mujer, que le miró asustada.

—¿Tiene que ir al castillo del conde Drácula? —le preguntó ella.

—Sí —respondió Jonathan—. Tengo que hacer unos negocios con él.

La mujer se marchó sin responderle y Jonathan se quedó confundido sin saber qué ocurría.

Presiona Esc para salir de la pantalla completa

Cansado por el viaje,
aquella noche durmió de un tirón.
Cuando se despertó, bajó a desayunar
y la hostelera le entregó una carta.

—Ha llegado esto para usted,
de parte del conde Drácula.

La mujer se fue rápidamente,
como si aquella carta fuese del mismo demonio.

En la carta, el conde le decía:

«Mi querido amigo:
Bienvenido a Transilvania.
Espero que pueda descansar bien esta noche.
Mañana por la tarde, coja la **diligencia**
que va a Bucovina
y párese a mitad de camino.
Un carruaje le estará esperando allí
para llevarle a mi castillo.
Buen viaje,
Drácula»

Cuando llegó la hora,
Jonathan salió del hostel
para ir a buscar la diligencia.
Detrás de él, salió la hostelera
y, mirándole con lástima,
se quitó la cruz que llevaba en el cuello
y se la puso al joven.

—¡Que Dios le proteja! —le dijo.

«¿De qué tiene que protegerme esta cruz?»,
se preguntó Jonathan.

2 El castillo



En la diligencia, todos viajaban en silencio, incluso había algún pasajero que dormía. Jonathan, aburrido, se puso a mirar el paisaje para distraerse un poco. Los árboles frutales acababan de florecer y las vistas eran preciosas. También vio muchas cruces en el camino. «¡Qué costumbre tan extraña!», pensó.

Nunca había visto nada igual en Inglaterra.

El **cochero** llevaba los caballos muy deprisa por un camino lleno de baches, que cada vez subía más.

La diligencia se movía tanto que parecía un barco en medio de una tempestad.

Ya casi era de noche, y empezaba a hacer frío. De repente, el cochero detuvo la diligencia y bajó las maletas de Jonathan.

Después, volvió a subir y arrancó sin decirle nada.

¡Parecía que tenía mucha prisa por marcharse!

Jonathan miró a su alrededor, pero no había nadie.

Estaba solo en mitad de la noche.

Un rato después, oyó que alguien se acercaba. Era un carruaje tirado por cuatro caballos negros como el carbón, que paró cerca del muchacho.

El conductor llevaba un enorme sombrero negro que le tapaba casi toda la cara.

No obstante, Jonathan pudo verle los ojos: eran rojos y brillaban como los de un lobo.

El hombre solamente le dijo:

—¡Suba!

Jonathan colocó primero las maletas en el carruaje y después subió.

Estaba realmente asustado

porque todo aquello era muy extraño.

Rápidamente, el carruaje arrancó y se adentró en el bosque.

Unos **aulidos** rompieron

el silencio de la noche:

eran de unos lobos que parecían acercarse.

Jonathan pensó que se moriría de miedo si aquel viaje duraba mucho.

La luna llena brillaba en el cielo e iluminaba un castillo en ruinas

que parecía un fantasma en mitad de la noche.

Afortunadamente, el carruaje se paró enseguida, justo delante de la puerta de aquel castillo.

El conductor cogió las maletas

y las dejó delante de aquella puerta enorme.

Jonathan bajó sin dejar de mirar hacia el castillo y el cochero desapareció con su carruaje.

Acababa de llegar a la **morada** de Drácula.

3 El conde Drácula



En la puerta no había ningún timbre,
y tampoco se veía a nadie.
El corazón de Jonathan latía muy rápido,
y estaba sudando y temblando.
Le asustaba quedarse allí solo toda la noche.
Pensaba que se moriría de frío,
si antes no lo mataba el miedo.

En aquel momento, oyó unos pasos tras la puerta

y el ruido de una llave
que giraba en la cerradura.
La puerta se abrió lentamente
y apareció un hombre mayor, muy alto y delgado.

Su aspecto era desagradable:
la nariz era delgada y curva,
y el cabello y las cejas, blancos y espesos.
Tenía los labios delgados, y los dientes,
muy blancos y afilados,
le asomaban por encima de los labios.
Las orejas también eran puntiagudas.
Tenía las manos blancas
y las uñas largas.
Llevaba un traje negro
debajo de una gran capa.

Jonathan le miró a los ojos
y vio que eran rojos como los de un lobo.
Aquella mirada le recordó al hombre del carruaje.
Finalmente, le preguntó:

—¿Es usted el conde Drácula?

—Así es. Bienvenido a mi castillo.
Por favor, entre conmigo,
le acompañaré a su habitación.

Cuando Jonathan entró,
aquel hombre le ofreció la mano para ayudarlo.
¡Dios mío! Tenía las manos heladas
y eran muy fuertes, como de hierro.
¡Parecían las manos de un muerto!

Subieron por una escalera ancha
y continuaron por un pasadizo largo
hasta que llegaron a una habitación.
Allí había una chimenea encendida
y la temperatura era agradable.

—Debe de estar cansado, señor Harker.
Por favor, ahora intente descansar.

De inmediato, la puerta se cerró
y Jonathan se quedó completamente solo.
Mientras sacaba y ordenaba lo que traía en su maleta,
volvió a oír los aullidos de los lobos.

Parecía como si
se estuviesen acercando al castillo.
Aquello le hizo temblar de miedo,
pero el cansancio
hizo que se durmiese poco a poco.

4 La biblioteca



Jonathan había dormido mucho aquella noche y, cuando se levantó, ya era muy tarde. Salió de la habitación y recorrió el castillo. No pudo encontrar a nadie, ni siquiera a un criado. En el comedor ya estaba el desayuno preparado: había un poco de pan, queso y vino. Estaba tan hambriento que se lo comió todo.

Cuando acabó, empezó a llamar al conde, pero nadie le contestó, así que volvió a su habitación. Allí se puso a escribir en su diario,

en el que anotaba todo lo que le ocurría en aquel extraño viaje.

Las horas pasaban muy despacio y, finalmente, la luna empezó a iluminar el cielo.

El joven estaba tan aburrido en la habitación que decidió ir a dar otro paseo por el castillo. Vio que había luz detrás de una puerta y decidió entrar. ¡Era una biblioteca!

Jonathan empezó a ojear los libros. La gran mayoría hablaba sobre Inglaterra. También había un mapa abierto encima de la mesa y parecía que lo habían utilizado mucho.

Sobre el mapa, vio algunas ciudades marcadas. Una de ellas era Exeter, la ciudad donde estaba la agencia de Jonathan. También estaba marcado Whitby; allí vivía la mejor amiga de su prometida.

—¿Qué ocurre en Whitby?
—oyó que le preguntaba el conde.

Jonathan se asustó porque no le había oído entrar. La voz le tembló al responder:

—Oh... ¡Nada!
Es el pueblo de la amiga de mi prometida, Lucy.

—¿Su prometida se llama Lucy?

—No. Lucy es la amiga de mi prometida, Mina.

El conde sonrió, pero Jonathan no se dio cuenta porque estaba pensando en Mina.

Muy pronto se casarían.

¡Tenía tantas ganas de volverla a ver!

Aquel recuerdo le animó.

Pensó que podría volver a su país y verla cuando Drácula le firmase todos los documentos que le había llevado.

Los documentos eran de una casa que el conde había comprado.

Drácula quería ir a vivir a Inglaterra y el dueño de la agencia de Jonathan le había buscado una **mansión** allí.

Solo tenía que firmar el contrato de compraventa.

Era una casa muy grande y muy antigua, la mansión Carfax, y se encontraba cerca de Londres.

Tenía una enorme extensión de terreno, con muchos árboles y un estanque.

Al lado había una **capilla** muy antigua y apenas se veían casas por los alrededores.

Drácula parecía satisfecho con aquella información y le preguntó:

—¿Qué documentos debo firmar?

Jonathan los fue a buscar enseguida.

Pensaba que al día siguiente ya podría marcharse

de aquel castillo tan **siniestro**.

Cuando volvió a la sala con los documentos, el conde los firmó, pero no quiso devolvérselos.

—Pero... ¡tengo que llevarlos a Inglaterra!

—protestó Jonathan.

—No, todavía no.

Me gustaría que pasase unos días en el castillo.

—¿Unos días? —le preguntó Jonathan, asustado. Se había puesto a temblar.

—Usted puede ayudarme a practicar inglés.

Si quiero vivir en Inglaterra, debo hablar muy bien su lengua.

—¡Pero ya la habla muy bien!

—Jonathan estaba desesperado—.

No necesita que yo le ayude.

Drácula no le hizo caso:

—¿Me acompaña al comedor?

La cena ya está a punto.

¡Aquello era terrible!

Quería abandonar aquel castillo inmediatamente y volver cuanto antes a Inglaterra, con Mina.

Sin embargo, el conde Drácula tenía otros planes.

No pensaba permitir que Jonathan saliese vivo de allí.

5 ¡Una prisión!



Los días iban pasando lentamente y por el castillo seguía sin aparecer nadie más. Jonathan se sentía como una rata en una trampa.

Una tarde, se estaba afeitando mirándose en su pequeño espejo de viaje. De repente, se dio cuenta de que el conde estaba detrás de él. No le había oído entrar, y tampoco le veía reflejado en el espejo.

En cambio, Jonathan sí se veía reflejado y también podía ver toda la habitación. ¡Lo único que no se reflejaba

era la imagen del conde!

Aquello le asustó tanto que se cortó con la navaja y le salió sangre de la herida.

Los ojos del conde Drácula se encendieron como si fueran de fuego. Se abalanzó sobre Jonathan. De repente, se detuvo al ver que algo brillaba en el pecho del joven: era la cruz de la hostalera. Drácula se tapó la cara con su capa negra, **retrocedió** y salió de la habitación.

Ya no podía aguantar más. Debía huir de aquel castillo, así que decidió **explorarlo** para buscar una salida. Recorrió los pasadizos solitarios e intentó entrar en todas las habitaciones, pero las puertas estaban cerradas.

Fue a la puerta principal del castillo, por donde había entrado la primera noche, pero también estaba cerrada y tuvo que continuar buscando.

Por fin, al otro lado del castillo, en la parte orientada hacia el sur, encontró una habitación abierta.

Desde la ventana vio que el castillo

estaba sobre un **precipicio**.

Era imposible huir de allí.

¡El castillo era una prisión,
y Jonathan, el prisionero!

Mientras miraba el precipicio desde la ventana,
le pareció que algo se movía en el piso de abajo.

Se escondió, asustado,
y lentamente fue asomando la cabeza
para ver qué era aquello.

Horrorizado, vio cómo el conde salía
por una ventana y bajaba por el muro del castillo.

Parecía una lagartija:
se agarraba a las piedras
y descendía rápidamente
por el precipicio con la cabeza hacia abajo.
Llevaba su capa negra abierta,
como si fuesen alas.

«¿Qué tipo de hombre era el conde?

¿Era, realmente, un hombre?», se preguntó Jonathan.

6 La noche más terrible



Aquella fue la noche más aterradora de todas. Jonathan se despertó sobresaltado y miró por la ventana. Había luna llena y la luz entraba a través del cristal iluminando toda la habitación.

Entonces, vio a tres mujeres delante de él. Tenían los ojos negros

y los dientes muy blancos y puntiagudos. Jonathan no podía creérselo.

«¿Estoy soñando?», se preguntó. ¡Pero aquellas mujeres parecían reales! ¡Eran brujas!

Las mujeres hablaban muy bajo y reían con unas carcajadas horribles. Una de ellas miró fijamente a Jonathan. Él no podía moverse del miedo que tenía. Veía cómo la bruja se acercaba poco a poco. Iba a clavarle los dientes en el cuello...

Entonces, el conde entró muy enfadado, empujó a la bruja y le gritó:

—¡Fuera de aquí! Este hombre es mío.

Las brujas no paraban de reír y Jonathan tuvo que taparse los oídos. ¡Aquellas risas le **ponían los pelos de punta!**

—¿No nos darás nada esta noche?
—le preguntó una de las brujas a Drácula.

El conde les dio un saco con algo que se movía dentro.
«¿Era un animal vivo? ¿Un gato?»,
se preguntaba el joven.

Las tres brujas abrieron la bolsa
y Jonathan oyó claramente el llanto de un bebé.
¡Aquello era insoportable!
«¿Qué iban a hacer con el niño?», pensó con terror.
No aguantó más y se desmayó.



7 Los cingaros



Por la mañana, Jonathan se despertó en su cama. Pensaba que se estaba volviendo loco. Creía que nunca podría olvidar lo que había visto esa noche. «¿Había sido una pesadilla? ¿Era real?», se preguntaba.

En ese instante, oyó un ruido en el patio del castillo. Acababan de llegar unas carretas

conducidas por hombres altos y fuertes: eran cingaros.

Jonathan pensó que debía aprovechar la ocasión. ¡Era la primera vez que veía a gente en el castillo!

Sin perder ni un segundo, empezó a escribir dos cartas para pedir ayuda. La primera era para Peter, el dueño de la agencia de Exeter donde trabajaba. La otra carta era para Mina, su prometida. Las tiraría por la ventana y los cingaros las recogerían. Quizá ellos las podrían llevar hasta Inglaterra. ¡Tenía que intentarlo!

Jonathan puso una moneda de oro dentro de cada carta y las lanzó a través de los barrotes.

Un hombre las recogió del suelo, miró hacia arriba y le saludó con la cabeza. Después, guardó las cartas en la chaqueta: parecía que había entendido lo que Jonathan quería que hiciese.

Jonathan estaba muy nervioso.
«¿Qué pasará?», se preguntaba.
«¿Llegarán las cartas a Inglaterra?».
Enseguida supo la respuesta.

El conde Drácula entró en la habitación
con las cartas en la mano
y las quemó delante de él.
Luego, salió sin decir nada
y cerró la puerta con llave.

«¡Oh! ¿Qué haré ahora?», se dijo con desesperación.
Estaba triste y ya no tenía esperanzas de escapar;
pensó en todo lo que le había ocurrido,
y después, lentamente, se fue durmiendo.

Poco antes de que se hiciese de día,
unos gritos de mujer despertaron a Jonathan.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Devuélvame a mi hijo!
—gritaba una y otra vez.

Golpeaba la puerta del castillo con los puños
y lloraba desesperada.

Jonathan oyó los aullidos de los lobos
que se acercaban al castillo.
Llegaron hasta la puerta de entrada
y empezaron a pelear entre ellos.

Después, todo quedó otra vez en silencio.
Los lobos se alejaron, lamiéndose los hocicos:
la mujer ni siquiera había podido gritar.

Jonathan se puso a llorar:
estaba seguro de que la mujer había muerto,
al igual que su hijo, el bebé del saco.
¡Pobrecilla! Quizá era lo mejor;
así nunca sabría lo que le había pasado al niño.

8 La capilla



Por las noches, Jonathan tenía mucho miedo. Las pasaba despierto, temiendo que volviese a suceder algo horrible mientras dormía.

De día, la luz del sol le daba fuerzas. Por eso, una mañana se atrevió a volver a la habitación de la parte sur del castillo

desde donde había visto salir al conde. Abrió la ventana y, agarrándose con pies y manos, se descolgó por el muro hasta el piso de abajo.

¡La ventana de la habitación del conde estaba abierta! Entró. Por suerte, Drácula no estaba. Nunca le había visto de día.

La puerta también la encontró abierta, así que salió y bajó por unas escaleras. Atravesó un túnel oscuro, con un fuerte olor a muerte. Llegó ante una puerta pesada de madera. La empujó y, ante él, apareció una capilla muy antigua y medio **derruida**.

Dentro, todo estaba lleno de polvo y había muchas cajas de madera que parecían **ataúdes**. Jonathan las contó. ¡Había cincuenta en total!

Se notaba que alguien
había removido la tierra hacía poco.
Jonathan miró dentro de las cajas
para ver qué había, pero solo vio tierra.
Sin embargo, en la última que abrió...
¡encontró al conde Drácula!

El chico dio un paso hacia atrás, asustado,
pero el conde no se movía.
Parecía que estuviera durmiendo,
aunque tenía los ojos abiertos.
Jonathan volvió corriendo a su habitación.

Aquella noche, oyó las risas de las brujas
y al conde que les decía:

—¡Mañana por la noche será vuestro!

A la mañana siguiente,
volvieron los cingaros.
Subieron a las carretas las cajas
que Jonathan había visto en la capilla
y las taparon.

El joven estaba seguro
de que el conde Drácula iba en una de ellas.
¡Se marchaba a Londres!

Pensó que él, ahora, se quedaría solo en el castillo.
Bueno, solo no: con aquellas brujas horribles.
Tenía que escapar.
Sí. Bajaría por el muro
antes de que se hiciese de noche.

9 Las dos amigas



Mientras Jonathan seguía encerrado en el castillo, su prometida, Mina, fue a visitar a su amiga Lucy.

Las dos vivían en ciudades diferentes y se veían poco, solo durante las vacaciones de verano.

Lucy vivía con su madre en Whitby, una población en la costa este de Inglaterra, a unos 500 kilómetros de Londres.

Cuando Mina llegó a Whitby, las dos jóvenes se abrazaron felices. ¡Tenían tantas cosas que explicarse!

Lucy llevó a Mina a su lugar favorito: el cementerio de la **abadía** de Whitby, situado encima de un **acantilado** a las afueras del pueblo.

A Lucy le encantaba aquel sitio.

—¡Es tan bonito!

Mira, desde aquí se ven el puerto y los barcos...

¡Hay tanta paz!

Mina pensó que tenía razón.

Se sentaron en un banco de piedra

y se pusieron a hablar de sus cosas.

Lucy estaba muy contenta:

¡pronto se casaría con Arthur, su prometido!

Sin embargo, Mina estaba triste:

¡hacía un mes que no sabía nada de Jonathan!

No dejaba de preguntarse

qué le podría haber pasado.

—Fue a llevar unos documentos a un cliente, en Transilvania, y no he sabido nada más de él —le explicó a Lucy—.

Tengo miedo de que haya tenido un accidente. ¡Él siempre me escribe cuando está de viaje!

Lucy le cogió la mano.

No quería ver a Mina tan triste, así que le dijo:

—¿Sabes que ya me encuentro mejor?

Mina se alegró de que Lucy hubiese mejorado.

Era sonámbula: se levantaba dormida y caminaba por toda la casa.

Cuando se despertaba por la mañana, se sentía muy cansada.

Mina le dijo que dormirían juntas; así la podría vigilar de cerca.

Se quedaron un momento en silencio.

Lucy pensaba en Arthur, y Mina, en Transilvania,

donde estaba Jonathan.

«¿Qué estará haciendo?

¿Se acordará de mí?», se preguntaba.

10 El barco fantasma



Unos días después, estalló una gran tempestad en la costa de Whitby.

El viento levantaba olas gigantes y una espesa niebla blanca cubrió el puerto. Todas las embarcaciones **atracaron** en cuanto pudieron.

En mitad de la noche, apareció un barco.

No llevaba ninguna luz y el faro apenas lo iluminaba. Se acercaba con todas las velas desplegadas. ¡Qué locura!

Le sería imposible entrar en el puerto con aquellas olas tan altas. ¡El fuerte viento que soplaba en dirección este le alejaría de tierra firme!

El vigilante del puerto les dijo a sus compañeros:

—No creo que pueda atracar; así solo conseguirá estrellarse contra las rocas.

La niebla fue desapareciendo poco a poco y, al final, pudieron leer el nombre del barco: se llamaba *Deméter*.

Atravesó todo el puerto rápidamente, hasta que topó con un banco de arena, cerca de uno de los muelles.

El choque fue tan violento que se rompieron algunos palos y cuerdas y el barco se inclinó.

En el momento del choque,
un perro enorme apareció en cubierta.
Saltó a tierra firme y huyó
subiendo por las rocas del acantilado
en dirección al cementerio.

—¿Qué es eso? —preguntó alguien.

—¡Parece un perro! —señaló el vigilante.

Pero el perro ya había desaparecido.

El barco estaba desierto.
No se veía a ningún marinero
ni había movimiento alguno. Nada.

El vigilante avisó a la policía.
Cuando llegó, un sargento y unos cuantos policías
subieron al *Deméter* junto con el vigilante.
En cubierta, encontraron a un hombre muerto
que tenía una cruz en las manos.

El sargento de policía **examinó** el cadáver
y encontró unos papeles en su bolsillo.

Era un diario.
Gracias a él, pudieron saber muchas cosas
sobre lo que había pasado en el barco.

—Es un barco ruso —dijo el sargento—.
Había ocho hombres aparte del capitán.
Hace un mes que **zarpó** de Varna,
un puerto de Bulgaria situado en el mar Negro.

El sargento continuó leyendo el diario:

—Llevaban cincuenta cajas de madera llenas de tierra.
El que está muerto es el capitán
y era él quien escribía el diario.

—¿Cómo murió? —preguntó el vigilante.

—No lo sé. El diario dice
que empezaron a pasar cosas extrañas.
Los hombres fueron desapareciendo uno a uno.

—¡Qué locura! —exclamó el vigilante,
algo asustado.

—El capitán se quedó solo,
pero fue muy valiente y no abandonó el barco.

El sargento le preguntó:

—¿Es verdad que han visto a un perro
saltar del barco?

—Sí, pero desapareció rápidamente.

—¡Qué extraño!

Un perro saltando de un barco fantasma...

—dijo en voz baja el sargento.

—Sí, eso mismo —afirmó el vigilante—.

Un barco fantasma.

11 Lucy



Hacía días que Lucy estaba muy nerviosa; dormía muy mal y cada día estaba más cansada. Mina la vigilaba de cerca.

Pero, aquella noche, Lucy se durmió enseguida. Mina vio que respiraba tranquilamente y también ella se quedó dormida.

De repente, Mina se despertó

con una sensación muy extraña. Miró hacia la cama de su amiga y vio que estaba completamente vacía. Se levantó de un salto y salió a buscarla.

No la encontró en ningún rincón de la casa. La puerta de la calle estaba abierta; Mina salió a buscarla, asustada. «¿Adónde puede haber ido Lucy?», se preguntó. Se acordó del banco de piedra del cementerio y se dirigió allí lo más rápido que pudo.

Había luna llena; parecía un farol en medio del cielo. Una figura iluminada estaba sentada en el banco: era Lucy.

Detrás, en la oscuridad, Mina distinguió otra figura con una capa negra que se inclinaba sobre ella.

La chica no podía ver si era un hombre o un animal, pero empezó a gritar:

—¡Lucy! ¡Lucy!

La figura negra levantó la cabeza
y Mina pudo ver unos ojos rojos y brillantes.
Corrió hacia Lucy, pero cuando llegó al banco,
ya no había nadie.

Entonces, Lucy exclamó, sin despertarse:

—¡Esos ojos rojos otra vez!

—¡Lucy! ¡Despierta! ¡Despierta!

Lentamente, la joven fue abriendo los ojos:

—¡Oh, Mina! He tenido una pesadilla horrible.
¿Qué me ha pasado? Dime, ¿qué me ha pasado?

—Has salido de casa sonámbula
y has venido hasta el cementerio.
Ahora debemos volver y dormir un poco,
tienes que descansar.

Al día siguiente, Lucy no podía levantarse de la cama.
Estaba muy **pálida**

y no tenía fuerzas para hablar.
Mina se asustó tanto
que avisó a Arthur, el prometido de Lucy.

—¿Qué... qué le ha pasado? —preguntó Arthur
cuando la vio de aquella manera.

Mina le explicó lo que había sucedido.

—¡Debemos avisar a un médico, Arthur!

—Sí. Avisaré al doctor Seward, que es amigo de Lucy.

—¡Buena idea! —exclamó Mina.

Arthur envió un telegrama al doctor Seward,
que llegó rápidamente desde Londres.
Después de visitar a Lucy, Seward les dijo:

—Lucy está muy grave.
Parece que su cuerpo se ha quedado sin sangre.
Jamás había visto algo así.

Mina comenzó a temblar
recordando la figura negra del cementerio.

—Vi... un animal cerca de ella.

—¿Un animal? —preguntó el doctor—.
¡Qué extraño! Tenemos que llevarla enseguida
a mi clínica de Londres, allí podré cuidarla mejor.

Después, empezó a escribir una carta.

—Avisaré a mi viejo amigo y maestro,
el profesor Abraham van Helsing,
que vive en Amsterdam.

< —¿Por qué? —preguntó Mina. >

—Porque sabe mucho de enfermedades extrañas.
Es doctor en Medicina
y un científico muy conocido y respetado.
Además, es muy buena persona.
Le pediré que vaya directamente a Londres.
Allí nos encontraremos con él.

12 La reaparición de Jonathan Harker



Poco después, Mina recibió una carta procedente de Budapest, la capital de Hungría. Decía así:

«Estimada señora:
Soy Sor Águeda, una monja del hospital de Budapest.
Le escribo para decirle que su prometido, Jonathan Harker, llegó a nuestro hospital

hace unas semanas con una fiebre muy alta. Solo hablaba de lobos, sangre, demonios y brujas. Ahora se encuentra mucho mejor, pero necesita reposo. Él habla mucho de usted y creo que es necesario que venga para estar a su lado.
Atentamente,
Sor Águeda»

Mina se puso muy contenta: ¡por fin sabía dónde se encontraba Jonathan! Pero, a la vez, estaba triste: Lucy la necesitaba y no se podía ir ahora.

—No quiero dejar a Lucy sola —le comentó a Arthur.

—No la dejas sola, se queda con nosotros. ¡Tú tienes que ir con tu prometido!

Arthur tenía razón. Debía estar con Jonathan.

Mina hizo pues aquel viaje tan largo. Se sentía nerviosa y preocupada,

ya que tenía la sensación de que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Para no preocuparse, pensaba en Jonathan, y así se sentía mejor.

Encontró a su prometido muy cambiado: estaba delgado y débil y tenía los ojos tristes.

Decía que no se acordaba de nada, pero a Mina le parecía que había algo de lo que Jonathan no quería hablar.

La chica pensaba que quizá era mejor así.

Jonathan y Mina se casaron en el hospital de Budapest.

Jonathan dio el «sí, quiero» desde la cama.

Mina estaba tan emocionada que apenas podía hablar.

Jonathan le contó que había escrito un diario en el que explicaba todo lo que le había pasado.

Él no quería volver a leerlo nunca más, y le pidió que ella tampoco lo hiciese

para que pudieran vivir tranquilos.

13 El profesor Van Helsing



El profesor Van Helsing partió hacia Londres en cuanto recibió la carta del doctor Seward.

Van Helsing era un hombre muy sabio y todo el mundo le respetaba. Se alegró mucho de ver al doctor Seward: era un antiguo alumno suyo y le apreciaba de veras.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Estoy muy preocupado por mi paciente, Lucy. No mejora, y los medicamentos que le doy tampoco la ayudan.

Los dos fueron a visitar a Lucy a la clínica. Al entrar en la habitación de la joven, se quedaron horrorizados. ¡El aspecto de Lucy era terrible! Estaba blanca como el papel y respiraba con gran dificultad, como si le faltase aire.

Van Helsing exclamó:

—Debemos hacer algo rápido. ¡Se está muriendo!

En ese preciso momento, entró Arthur a visitar a Lucy.

Cuando la vio, se quedó tan impresionado que tuvo que sentarse.

El profesor Van Helsing miró a Arthur,

un chico muy sano,
y, de repente, tuvo una idea.

—Joven, ¿usted haría cualquier cosa
por su prometida?

—¡Por supuesto! —contestó Arthur
sin dudarlo ni un momento.

—Lucy está muy mal, y necesita sangre.
El doctor Seward y yo hemos decidido
hacerle una **transfusión**.

Su sangre, Arthur, puede salvar la vida de Lucy.

—Podemos hacer la transfusión ahora mismo
—contestó Arthur sin pensárselo dos veces.

El tratamiento fue muy bien.
Lucy empezó a respirar con normalidad
y sus mejillas volvían a tener color.
El doctor Seward se llevó a Arthur
para que comiese y descansase un poco.

Van Helsing se quedó con la enferma,

que dormía tranquilamente.
Le arregló la almohada
para que estuviese más cómoda.
Entonces, vio que Lucy
tenía dos agujeros pequeños
y de color rojo en el cuello.

Seward volvió a entrar en la habitación
y el profesor le enseñó aquellas dos heridas:

—¿Las había visto antes?

—No —respondió el doctor—. No sé qué debe de ser.

Van Helsing se levantó y dijo:

—Ahora me tengo que ir.
Debo preparar unas cuantas cosas,
pero usted se quedará toda la noche con ella.
¡Prométamelo!

El doctor Seward se lo prometió.

—¡Ya dormiré después! —exclamó.

14 Flores para Lucy



El doctor Seward se quedó con Lucy toda la noche, como había prometido. La joven estaba mucho mejor, hasta podía hablar un poco. Al cabo de un rato, Lucy empezó a bostezar. Tenía mucho sueño, pero no quería dormirse.

—¿No quiere dormir? —le preguntó el doctor.

—Es que me da miedo.

—¿Por qué?

—Cuando duermo veo... veo aquellos ojos rojos y solo de pensarlo...

—Duerma tranquila, Lucy. Yo vigilaré toda la noche y, si tiene una pesadilla, la despertaré enseguida.

Lucy sonrió y se durmió tranquila.

Pasaron un par de días y Lucy fue mejorando lentamente.

El doctor Seward se fue a descansar un poco y Lucy se quedó sola aquella noche. A la mañana siguiente, cuando los dos doctores volvieron a visitarla, ¡la muchacha estaba casi muerta!

El profesor Van Helsing puso el oído encima del pecho de la joven.

—Noto cómo le late el corazón. ¡Aún está viva!
—exclamó—.

Tenemos que hacerle otra transfusión.

Esta vez, fue el doctor Seward
quien le dio su sangre a Lucy.
Después, Van Helsing le dijo:

—Vaya a casa, doctor, tiene que descansar.
Esta noche me quedaré yo con la señorita Lucy.
Estoy muy preocupado por ella, créame.
Buenas noches.

A la mañana siguiente,
llevaron una caja enorme a la habitación de Lucy,
con un ramo de flores blancas dentro.

—Son para usted, Lucy —le dijo Van Helsing—.
Pero no son para adornar la habitación.
Son flores **medicinales**
que la ayudarán a curarse.

La joven olió las flores y exclamó:

—Oh, profesor, ¿se está burlando de mí?
Son flores de ajo. ¡Huelen muy mal!

—No es una broma.
La flor del ajo ayuda a dormir bien
y sana los males.
Debe creerme, Lucy.

A continuación, el profesor cerró
todas las ventanas.
Después frotó algunas flores contra los marcos,
las paredes y la puerta.
Hizo un collar con las flores restantes
y, cuando Lucy se metió en la cama,
se lo puso alrededor del cuello.
Después, le dijo:

—No abra la puerta ni la ventana, Lucy,
ni se quite las flores del cuello. ¡Prométamelo!

—Se lo prometo —le contestó ella.

15 La muerte viene a buscar a Lucy



Lucy se durmió tranquila con el collar de flores puesto. Sin embargo, poco después, se despertó. Se oían golpes en la ventana, como aquella noche, en Whitby, cuando salió de la habitación y fue al cementerio.

La pobre estaba muerta de miedo,

pero se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Allí vio un enorme **murciélago** que daba golpes con las alas contra el cristal. Volvió a la cama temblando e intentó dormir un poco.

En aquel momento, los cristales saltaron en pedazos y la cabeza de un lobo apareció en la ventana. Lucy gritó horrorizada y saltó de la cama para huir. Sin querer, se arrancó el collar de flores de ajo.

Una figura negra, enorme, se lanzó sobre ella y, entonces, se desmayó. En un reloj lejano sonaron doce campanadas entre aullidos de lobos.

A la mañana siguiente, Seward y Van Helsing encontraron a Lucy en el suelo. Tenía unas profundas heridas en el cuello

y su **camisón** estaba manchado de sangre.
¡Se estaba muriendo!

Los doctores hicieron lo posible
por salvarle la vida,
pero todo parecía inútil.

La joven cada vez estaba más pálida,
mientras que sus dientes parecían
más largos y puntiagudos.

El doctor Seward avisó a Arthur
y el joven llegó enseguida,
pero la vida se escapaba del cuerpo de su amada.
De repente, Lucy abrió los ojos.
Los tenía rojos.
Cuando vio a Arthur, le llamó
con una voz extraña que no parecía la suya.

—Arthur, ¡amor mío! ¡Qué alegría que estés aquí!
¡Ven conmigo!

Él se acercó para darle un beso,
pero Van Helsing corrió para evitarlo.

—¡No! ¡No la bese! —gritó el doctor.

Entonces, Lucy cerró los ojos y murió.
El doctor Seward suspiró y dijo:

—Pobrecilla. Por fin descansa en paz. Es el final.

—No, no lo es. Solo es el principio
—contestó Van Helsing.

16 Drácula, otra vez



Por aquellos días, Peter, el dueño de la agencia donde trabajaba Jonathan, murió.

Peter quería al joven como si fuese su hijo y le dejó todo lo que tenía.

Así, Jonathan pasó a ser el dueño del negocio.

Pero las cosas no iban del todo bien:

Jonathan sufría de los nervios

y Mina estaba muy preocupada por él.

Después del funeral de Peter en Londres, Jonathan y Mina fueron a pasear por un parque.

Caminaban en silencio, cogidos de la mano. Estaban realmente tristes.

Peter siempre había ayudado a Jonathan en todo. Era como un padre para él, y ahora estaba muerto.

Mientras caminaban, Mina se fijó en una joven muy guapa que llevaba un sombrero enorme.

En aquel momento, Jonathan exclamó:

—¡Dios mío!

Estaba blanco como el papel y su mirada reflejaba terror.

Mina también se asustó mucho.

—¿Qué ocurre, Jonathan? ¿Qué te pasa?

Jonathan miraba fijamente al hombre que estaba al lado de la joven del sombrero. Mina también le miró. Su aspecto no era muy agradable. Tenía unos dientes grandes, muy blancos y puntiagudos: parecían los dientes de un animal y no los de un hombre.

Jonathan susurró:

—¡Es él en persona!

—Pero, ¿quién... quién es, Jonathan?

Él no podía contestarle. Estaba muy mareado, así que Mina le cogió del brazo. Le ayudó a sentarse en un banco y volvió a mirar hacia el hombre y la joven, pero ya habían desaparecido.

Jonathan estaba muy nervioso. Hablaba en voz baja, como si estuviese solo.

—Me parece que es el conde Drácula. Aunque está mucho más joven. ¡Dios mío!

Jonathan fue cerrando los ojos y, finalmente, se quedó dormido.

Al cabo de un rato, cuando se despertó, no recordaba nada.

Mina no entendía qué le pasaba a su marido. A menudo, se olvidaba de las cosas, y ella no sabía si lo hacía expresamente. Tenía miedo de que se pusiese enfermo, así que tomó una decisión: leería su diario para saber qué le había pasado en Transilvania. Quizá entonces le podría ayudar.

17 Una mujer muy guapa



Dos días después, los periódicos de Londres publicaban una noticia preocupante: algunos niños habían desaparecido de sus casas durante una noche entera. Eran niños pequeños que habían salido a jugar al parque y no habían vuelto hasta la mañana siguiente.

Todos decían lo mismo: que habían estado con una mujer muy guapa. Algunos tenían una señal rara en el cuello, como un mordisco de rata o de perro. La policía empezó a vigilar todos los barrios.

Van Helsing leyó la noticia en el periódico y enseguida fue a ver a su amigo, el doctor Seward.

—¿Cree que las heridas de esos niños son como las de la señorita Lucy? —le preguntó Van Helsing al doctor Seward.

—Podría ser. Quizá les ha atacado el mismo animal. No podemos saberlo.

Van Helsing le contestó, casi gritando:

—¡Se equivoca, amigo mío! ¡Yo sí que lo sé!

Seward no entendía nada.

—Por el amor de Dios, ¿qué quiere decir?

—¡Esas heridas las ha hecho la señorita Lucy!
—exclamó Van Helsing.

Seward estaba confuso.
«¿Se habrá vuelto loco el viejo profesor?», pensó.



18 El profesor Van Helsing conoce a Jonathan y Mina



Van Helsing decidió ir a hablar con Mina. Partió en tren hacia Exeter, donde vivían ella y Jonathan. Era un pueblo situado en el sudoeste de Inglaterra, a unos 300 kilómetros de Londres.

Van Helsing y Mina no se conocían, pero enseguida simpatizaron.

—La señora Harker, ¿verdad?

Mina asintió.

—He venido a verla porque usted era la mejor amiga de Lucy.

Mina se puso triste; el recuerdo de la amiga muerta le hacía daño.

El profesor la consoló:

—Yo también la apreciaba. Quiero saber qué le pasó, y usted puede ayudarme.

—¿Cómo? —le preguntó Mina.

—Explíqueme qué vio exactamente la noche que encontró a Mina en el cementerio de Whitby.

Aquel recuerdo la hacía temblar, pero fue valiente y se lo explicó todo al profesor.

—Muchas gracias, señora Harker.
Todo lo que me ha contado es muy importante;
es usted una mujer muy inteligente.

Mina vio que el profesor
era un hombre bueno y sabio
y pensó que quizá podría ayudar a Jonathan.
Le explicó el viaje de su marido a Transilvania,
su desaparición durante un tiempo
y cómo lo había encontrado.

◀ También le dijo que, desde que había vuelto, Jonathan
estaba
muy nervioso y perdía a menudo la memoria.
Por último, le explicó cómo había reaccionado
cuando vio a aquel hombre tan extraño.

Pero Mina no le habló del diario de Jonathan.
Ella ya lo había leído y no sabía qué pensar:
¡era todo tan raro!
Si le enseñaba aquel diario al viejo profesor,
quizá pensase que Jonathan estaba loco.

El profesor Van Helsing notó que dudaba y le dijo:

—Señora, si quiere que ayude a su marido,
tendrá que explicármelo todo.
Hay algo que no me ha contado, ¿verdad?

Mina entendió que tenía razón y le entregó el diario.
El profesor se lo llevó al hotel para leerlo.

Por la mañana, Van Helsing volvió a casa de Mina.
Habían quedado para desayunar juntos
y Jonathan le esperaba impaciente, pues Mina
ya le había contado que le había dejado su diario.
Quería saber qué pensaba de él.
Tenía miedo de que creyese que estaba loco;
él mismo a veces también lo temía.

—Amigo mío —le dijo el profesor—.
No debe sufrir más, usted no está loco.
Todo lo que dice en el diario es verdad.

—Entonces, lo que me pasó en Transilvania...
¿no son imaginaciones mías?

—No. No lo son —le contestó el profesor—.
Usted solo es un hombre que ha sufrido mucho.

Después, mirando seriamente a los dos, añadió:

—Ahora, debo pedirles un gran favor:
¿irán a Londres cuando yo les avise?

Mina y Jonathan no dudaron ni un segundo:

—¡Por supuesto que iremos! —respondió Mina.

< Aquella misma noche,
Van Helsing regresó en tren a Londres.
Ahora ya sabía lo que tenía que hacer. >

19 Una noche en el cementerio



Una vez en Londres,
el profesor Van Helsing se reunió
con el doctor Seward y Arthur.

—Amigos míos —dijo—, debo pedirles una cosa
que resultará muy difícil para todos nosotros.

Arthur y el doctor se miraron extrañados.

—Esta noche tengo que ir al cementerio

y necesitaría que me acompañaran.

Arthur se levantó de la silla, sobresaltado:

—¿Al cementerio?

¿Donde está enterrada mi querida Lucy?

El profesor asintió.

—Pero ¿por qué hay que ir al cementerio?
—preguntó Seward, algo asustado.

—Debemos ir a buscar a la señorita.

—¿A Lucy? —exclamó Arthur—.

No podemos hacer nada más por ella,
está muerta.

Entonces, Van Helsing dijo algo terrible:

—No. No del todo.

Arthur y el doctor Seward se quedaron callados.
Decidieron ir al cementerio para descubrir
el secreto del profesor Van Helsing.

A las diez de la noche se reunieron para ir a visitar la tumba de Lucy. Estaba enterrada en un **panteón** junto con su familia.

Arthur tenía la llave. Abrió la puerta y entraron juntos. Dentro, todo era oscuridad y olía a muerte.

Van Helsing encendió una vela. Vieron arañas y escarabajos que se paseaban por todos lados.

Se dirigieron a la tumba de Lucy. El doctor Seward preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

El profesor llevaba un maletín muy grande. Lo abrió y sacó unas herramientas.

—Tenemos que abrir el ataúd.

Arthur se puso muy nervioso:

—¡No! ¡No podemos hacer eso!
No hay que molestar a los muertos.

Pero Van Helsing ya había abierto el ataúd y... ¡no había nadie dentro!

—Quizá... ¡quizá alguien ha robado el cadáver!
—exclamó Seward, que también estaba muy nervioso.

Salieron los tres del panteón. Van Helsing le pidió al doctor Seward y a Arthur que vigilaran por un lado del cementerio mientras él lo hacía por el otro.

Arthur y el doctor permanecían en silencio. Ya era de noche y las campanas dieron las doce.

De repente, una figura blanca pasó por delante de ellos. Vieron claramente cómo entraba en el panteón. Entonces, corrieron a buscar a Van Helsing. El viejo profesor no estaba solo: tenía a un niño pequeño en sus brazos.

Por suerte, el niño no estaba herido
ni tenía ninguna marca en el cuello.
Tan solo dormía.

—¡Hemos llegado a tiempo!
—exclamó Van Helsing.

—¡Dios mío! —dijo llorando Arthur—.
¿Qué es todo esto?



20 La «no muerta»



A la mañana siguiente,
los tres volvieron al cementerio
e hicieron lo mismo que la noche anterior.

Sin embargo, ahora sí que encontraron
el cadáver de Lucy dentro del ataúd.
Estaba tan hermosa que parecía viva.

Arthur, que no podía dejar de mirarla, preguntó:

—¿Qué le pasa a Lucy?

El profesor contestó:

—Un vampiro le chupó la sangre,
y ahora no está del todo muerta.

Es una «no muerta».

Por eso sigue igual de hermosa
que cuando estaba viva.

Los vampiros no se descomponen tras la muerte.

Después, añadió:

—Cuando a alguien le muerde un vampiro,
se convierte también en vampiro.

De día, descansa,

pero por la noche sale a buscar nuevas víctimas,
y el mal se extiende por toda la Tierra.

Hizo una pausa y prosiguió su explicación:

—Lucy está condenada.

Su alma no descansará en paz. A menos que...

Arthur lloraba en silencio.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó.

—Tiene que clavarle esta **estaca** en el corazón.

Arthur cogió la estaca y colocó la punta sobre el corazón de su querida Lucy.

Después, con un martillo, golpeó la estaca con todas sus fuerzas.

Se oyó un grito

como el de un animal salvaje.

Lucy **se removió** dentro del ataúd hasta que, lentamente, la paz volvió a su cuerpo. Ahora estaba muerta de verdad.

—Por fin descansa en paz, Arthur.

Gracias a usted.

Ahora sí que le puede dar el último beso.

El joven se acercó a Lucy y la besó:

—Adiós, querida Lucy.

21 Los vampiros existen



Jonathan y Mina recibieron una carta de Van Helsing en la que les pedía que fuesen a Londres. Inmediatamente, cogieron el primer tren que salía de Exeter.

El doctor Seward los **alojó** en su casa, al lado de la clínica donde trabajaba, en una habitación muy cómoda.

A Mina le encantó aquel lugar.

—Gracias, doctor. Aquí estaremos muy bien.

Se reunieron los cinco en el despacho de Seward: él, el matrimonio Harker, Van Helsing y Arthur. El profesor explicó a Mina y a su marido lo que habían hecho en el cementerio con el cuerpo de Lucy.

Mina no pudo soportar aquello y se desmayó.

Lentamente se fue despertando, pero no podía parar de llorar y de exclamar:

—¡Lucy! ¡Mi pobre Lucy!

El profesor habló:

—Ahora debemos descubrir dónde se esconde el vampiro que la mordió. Tenemos que acabar con él.

—Pero, ¿quién es nuestro enemigo, profesor? —le preguntó Arthur.

—Es el conde Drácula.

Jonathan se llevó la mano al pecho,
donde aún llevaba la cruz de la hostalera.

El profesor Van Helsing, experto en vampiros,
empezó a explicarles algunas cosas sobre ellos.

—El conde Drácula es un vampiro
y los vampiros no mueren nunca.

Al contrario,

la sangre que chupan a los humanos
les da juventud y poder.

No tienen sombra y no se reflejan en los espejos.

Tampoco comen.

Pueden entrar y salir de lugares cerrados
y ven en la oscuridad.

También leen el pensamiento de sus víctimas.

—Pero ¿quién era el conde Drácula
antes de ser un vampiro?

—preguntó Jonathan.

—He hablado con un amigo mío

que es profesor de la Universidad de Budapest
y sabe muchas cosas de la vida de Drácula
—respondió Van Helsing—.

Era un príncipe que vivió en Rumanía
hace más de 400 años.

Se hizo famoso por luchar contra los turcos
que habían invadido su país.

Era un hombre fuerte,
valiente y muy inteligente,
pero hizo tratos con el diablo
para que le diese poderes especiales
y se convirtió en un vampiro.

Todos escuchaban en silencio,
mientras Van Helsing continuaba
con la explicación.

—Tiene la fuerza de veinte hombres
y es extraordinariamente inteligente.
Puede aparecer de repente
y adoptar la apariencia que desee:
de lobo, de murciélago o de perro.

O, simplemente, se vuelve invisible.
También tiene el poder de cambiar el tiempo alrededor suyo
y hacer que aparezca la niebla
o crear una tempestad.

¡Pero Drácula no es libre!
No puede ir siempre adonde quiere,
ni cuando quiere.

—Pero eso... ¡parece imposible! —exclamó Mina.

—Solo puede hacer lo que desea
cuando tiene el ataúd con su tierra
para poder descansar de noche
—explicó Van Helsing—.
Eso sí, pierde todos sus poderes durante el día.
Además, algunas cosas le dan miedo.

—¿Qué cosas? —preguntó Arthur.

—El ajo.

—¡Las flores de ajo! —El doctor Seward
recordó el collar de flores
que el profesor le había puesto a Lucy.

—También la cruz aterroriza a los vampiros
—continuó Van Helsing—.
Y mueren si se les clava una estaca en el corazón
o se les corta la cabeza mientras duermen.

Arthur se entristeció
al recordar a Lucy en el cementerio.

El viejo profesor calló un momento
y, después, añadió:

—Me he propuesto destruir a Drácula.
Es peligroso, pero no me importa
porque ya soy muy mayor.
Pero ustedes son jóvenes, amigos míos,
y tienen toda la vida por delante.
Si no quieren ayudarme, lo entenderé.

Se miraron unos a otros.

—Yo iré con usted. ¡Por Lucy!
—dijo en primer lugar Arthur.

—¡Y yo! —añadió el doctor Seward.

—Cuenten conmigo —dijo Jonathan.

Mina iba a hablar,
pero el profesor no lo permitió:

—No, señora Harker. Usted no vendrá.
Es demasiado peligroso.

La joven empezó a protestar,
porque también quería ayudarles.
Entonces, Jonathan le dijo:

—Es lo mejor, querida.
El profesor tiene razón.
En casa del doctor Seward estarás más segura.

Mina se quedó en silencio.
Estaba triste, pero lo entendía.

—¿Qué debemos hacer?
—preguntó Arthur.

—De momento, seguir la única pista que tenemos.
Jonathan nos dijo que el conde Drácula

ha comprado una casa en Londres,
la mansión Carfax.

El doctor Seward saltó de la silla:

—¡La mansión Carfax!
¡Pero si está al lado de mi clínica!
Vayamos ahora mismo.

22 El loco



A las cuatro de la madrugada,
y sin querer perder ni un segundo,
los hombres se levantaron para ir a la mansión.

En aquel momento entró uno de los vigilantes
de la clínica del doctor Seward.

—Doctor, Renfield ha tenido otro ataque
—le dijo el vigilante.

Decidieron acompañar al doctor
a ver a aquel enfermo, antes de salir hacia Carfax.
Mientras tanto, Mina se quedó en su habitación.

Renfield tenía ataques de locura.
A veces parecía un hombre normal e inteligente,
pero de repente se volvía violento y peligroso.
Una vez llegó a atacar al doctor Seward
y le mordió en el cuello.

Cuando el doctor y sus acompañantes
entraron en la habitación de Renfield,
él se lanzó a los pies de Seward para rogarle:

—¡Quiero irme ahora mismo!

Cuando el doctor Seward le dijo que eso no podía ser,
el hombre casi se puso a llorar:

—No se lo pido por mí.
Si no me voy, pasarán cosas terribles.

—¿Qué cosas? —le preguntó el doctor.

El hombre negaba con la cabeza y repetía:

—No puedo decir nada, no puedo decir nada...

El doctor Seward les dijo a sus acompañantes:

—Vayámonos, amigos.

Aquí no hacemos nada.

Renfield se levantó
y cogió al doctor por la manga.
Todos se asustaron y dieron un paso atrás.

—¡Se lo ruego, por favor, doctor!
Déjeme marchar ahora mismo.
Debo salir de aquí.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Seward—.
Métase en la cama y procure calmarse.

Renfield, en voz muy baja, susurró:

—Yo ya he hecho todo lo posible...,
yo ya he hecho todo lo posible...

23 La mansión Carfax



Los hombres salieron de la clínica de Seward y llegaron a la mansión Carfax.

En un reloj lejano

dieron las cinco de la madrugada.

¿Qué pasaría si Drácula estuviese ya en la casa?

El profesor Van Helsing abrió su maletín:

—Esto no es un juego. Debemos estar preparados.

Cojan esto y no se lo quiten ni un momento.

Les dio unas cruces y coronas de flores de ajo.

Luego, sacó unas cuantas velas del maletín.

Jonathan tenía una copia de las llaves y pudieron entrar en la mansión fácilmente.

Una vez dentro, encendieron las velas.

Todo estaba cubierto de polvo,

y la luz de las velas

creaba formas extrañas en las paredes.

Empezaron a buscar la capilla.

Enseguida encontraron el lugar,

porque Jonathan se acordaba

de los planos de la mansión

Al abrir la puerta, el olor era terrible:

el aire estaba tan podrido

por el **aliento** de Drácula,

que apenas podían respirar.

Vieron que en el suelo

había grandes cajas de madera

que parecían ataúdes.

—En primer lugar —dijo el profesor—, debemos saber cuántas cajas hay.

Las contaron y solo había veintinueve. De repente, Arthur se giró hacia el pasadizo. Los demás se quedaron mudos y le observaron.

—Me ha parecido ver algo —dijo—. Pero deben de ser nuestras sombras.

Se tranquilizaron un poco y siguieron adelante. Entonces, el doctor dio un salto.

—¡Hay algo que se mueve! —gritó, sudando.

Vieron unas luces rojas en la oscuridad: ¡eran ojos de ratas! Empezaron a salir ratas por todas partes. Pero, por suerte, no encontraron nada más.

Cuando salieron de la mansión,

empezaba a amanecer.

Estaban contentos de que todo hubiese ido bien. Aunque les preocupaba haber encontrado tan solo veintinueve de las cincuenta cajas que Jonathan había visto en el castillo de Drácula.

—¿Cómo puede ser? —preguntó el doctor.

Van Helsing sabía la respuesta, como siempre:

—Drácula las está repartiendo por otras casas. Así, siempre tendrá un sitio donde esconderse si alguien le descubre.

Se despidieron.

Jonathan también se fue a descansar, como los demás.

Cuando entró en la habitación, vio a Mina que dormía tranquilamente.

Se acercó para darle un beso y entonces se dio cuenta de que estaba pálida.

24 La pista de las cajas



¿Dónde estaban las cajas que faltaban?

Jonathan tuvo una gran idea.

Era preciso encontrar a la persona que había ayudado al conde a sacarlas de Carfax y preguntarle adónde las había llevado.

Jonathan caminó por todo Londres.

Habló con muchas personas y tuvo que dar alguna **propina**.

Finalmente, tuvo suerte.

Encontró a un hombre, grande como un armario, que se dedicaba a transportar objetos.

Él era quien había ayudado a llevar las cajas del conde a tres casas diferentes de Londres.

—Sí, fui a Carfax con un caballo y un carro, y allí me esperaba un hombre —le dijo—.

¡Era el tipo más fuerte que he visto nunca!

Cogía las cajas él solo, como si fueran bolsitas de té, mientras que yo no podía ni arrastrar la mía.

El hombre le explicó a Jonathan a qué casas había ido a dejar las cajas.

Siempre encontraba al mismo hombre esperándole, que le ayudaba a descargarlas.

¡Vaya descubrimiento!

Jonathan reunió a sus amigos en su casa para explicarles lo que había averiguado.

Todos se alegraron de la noticia.

¡Habían dado un paso más y ya tenían otra pista!

Mina se sentía orgullosa de su marido.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—preguntó Jonathan, impaciente.

—Mañana tendremos que ir a esas casas y destruir las cajas.

Así, Drácula no podrá esconderse

—contestó el profesor Van Helsing.

En aquel momento,

entró el vigilante de la clínica gritando:

—Doctor Seward, ¡venga, de prisa!

¡Su paciente Renfield ha tenido un accidente!

Los cuatro hombres salieron corriendo hacia la clínica de Seward.

Encontraron al pobre Renfield tirado en el suelo y cubierto de sangre.

El doctor lo examinó y dijo:

—Ha recibido un golpe terrible en la cabeza, pero aún está vivo.

El profesor Van Helsing exclamó:

—¡Hay que despertarle!

¡Tenemos que hacerle hablar para que nos diga qué le ha pasado!

Renfield abrió algo los ojos

y avanzó una mano hacia el doctor:

—Ha sido ÉL, doctor. Yo le he invitado a entrar

—casi no podía hablar, se estaba muriendo—.

ÉL... me prometió...

La señora Mina... está en peligro.

El pobre hombre cerró los ojos. Había muerto.

Todos se miraron con terror pensando en lo mismo y se dirigieron a toda prisa hacia la habitación de Mina.

25 Drácula ataca a Mina



La luna brillaba redonda en el cielo.
Cuando los cuatro hombres llegaron
a la habitación de Mina,
entraron sin llamar.
La encontraron arrodillada al lado de la cama.
A su lado, de pie,
había un hombre alto y delgado,
con una gran capa negra, que se inclinaba

sobre el cuello de la pobre joven.
¡Era el conde Drácula!
Todos pudieron ver cómo la sangre resbalaba
por el camisón blanco de Mina.

Cuando los oyó entrar,
Drácula se giró hacia los hombres.
Sus ojos eran rojos, y los dientes,
blancos y puntiagudos,
estaban manchados con la sangre de la chica.

El vampiro lanzó a Mina sobre la cama,
y se dispuso a atacarlos.
Pero Van Helsing ya estaba preparado:
se había sacado la cruz del bolsillo
y se la estaba enseñando.

El conde se paró y los hombres
aprovecharon para avanzar hacia él
con las cruces en las manos.
Inesperadamente, una nube negra tapó la luna
y todo se quedó a oscuras.

Arthur encendió rápidamente una cerilla,
pero Drácula ya había desaparecido.
Todos corrieron hacia Mina
para ver cómo estaba,
mientras Jonathan gritaba desesperado.
Afortunadamente, la joven se despertó.

El profesor la levantó
y le puso una cruz en la frente
para curarle el mal que le había causado el conde.

Mina se puso a gritar de dolor.
La cruz le había quemado la piel
como si fuera un hierro ardiente,
y le había dejado una cicatriz roja.

—¡Estoy perdida! ¡Estoy perdida!
—se lamentaba la joven con desesperación,
recordando lo que le había pasado a Lucy.

Todos estaban callados y asustados.
Jonathan se acercó a su mujer
y la abrazó cariñosamente.

26 La persecución



A la mañana siguiente, Mina estaba mejor. Las heridas del cuello casi no se le notaban; la cicatriz de la frente, en cambio, brillaba roja.

Todos la animaban. Matarían a Drácula y entonces ella se curaría.

—Si me convierto en una... vampira —les dijo Mina—, me mataré antes de hacer daño a nadie.

El profesor Van Helsing se acercó a ella y le habló con voz suave, como un amigo o un padre.

—No puede morir, hija mía. Si muriese, se convertiría en una «no muerta», como le ocurrió a Lucy. Entonces, Drácula habría ganado. Usted, querida hija, debe luchar. Entre todos debemos destruir a ese monstruo.

Jonathan lloraba. Mina miró al profesor Van Helsing y exclamó:

—¡Lucharé!

—¡Pues empecemos ya! —añadió él—. Ahora que es de día, podemos atacarle. El vampiro no tiene ningún poder y no puede hacernos daño. Debemos destruir sus escondites mientras haya luz.

Todos estuvieron de acuerdo.

—¿Y Mina? —preguntó Jonathan.

—Aquí estará segura.

Volveremos antes de que oscurezca;
entonces todo habrá acabado.



27 El conde se escapa



a

Siguiendo las indicaciones del hombre que había transportado las cajas a las tres casas, recorrieron los barrios de Londres buscándolas.

Cuando llegaban a la casa, se comportaban como si fueran ladrones: rompían las ventanas y saltaban dentro. Unos vigilaban mientras los demás entraban,

abrían las cajas y dejaban una cruz. Así inutilizaban los escondites de Drácula.

Además, destruyeron todas las cajas de la mansión Carfax.

—Debemos conseguir que no tenga adónde ir— dijo el profesor.

Solo les quedaba por visitar una casa, donde debían de estar las últimas nueve cajas.

Decidieron esperar a Drácula allí mientras fuese de día.

No querían dejar a Mina sola por la noche.

Fueron al escondite de Drácula a media tarde. Dentro de la casa, que olía terriblemente, solo había polvo y ratas.

Pero no encontraron nueve cajas. ¡Solo ocho!

—¡Maldito conde! —gritó el profesor—. ¡Ha escondido una caja en algún lugar desconocido!

Los hombres esperaban al conde, nerviosos.
Drácula apareció ante ellos por sorpresa;
no le habían oído entrar.
Jonathan le atacó con un cuchillo,
sin conseguir herirle.

Drácula, con rabia, se lanzó hacia él.
Ya casi le tenía
cuando el profesor Van Helsing se acercó
con la cruz en la mano.

Entonces, Drácula saltó
a través de la ventana cerrada.
Los vidrios se rompieron en mil pedazos,
pero el conde cayó en el patio sin hacerse daño.
Les miró y gritó:

—¡Mi venganza acaba de empezar!
¡Os arrepentiréis! ¡Os arrepentiréis!

Y desapareció ante los ojos asustados
de los cuatro hombres.

28 La idea de Mina



Aquella noche, Mina despertó a su marido:

—¡Jonathan! ¡Jonathan!
Ve a buscar al profesor Van Helsing,
he tenido una idea.

Como nadie podía dormir,
se reunieron todos en la habitación de Mina.
Querían saber cuál era su idea.

—Profesor, ¡tiene que **hipnotizarme!** —dijo la joven.

—¿Por qué, querida?

—Usted dijo que los vampiros podían leer
los pensamientos de las víctimas
a las que habían mordido.
Por lo tanto, ahora Drácula puede saber
lo que yo pienso.

Todos escuchaban en silencio
y Mina continuó diciendo:

—Así que el conde sabe que le persiguen;
lo sabe porque yo también lo sé.
Por eso ha escondido una caja.

—¡Es cierto! ¡Qué mujer tan maravillosa
e inteligente es usted, señora Harker!
—exclamó el profesor, sonriendo.

—Si él bebió mi sangre y sabe lo que pienso,
quizá yo también pueda saber lo que piensa él.
Pero no cuando estoy despierta, sino dormida.

¡Tiene que hipnotizarme, profesor!

Jonathan tenía miedo por Mina,
pero ella estaba decidida a hacerlo:
era una mujer muy valiente.

El profesor durmió profundamente a la joven
y después le preguntó:

—¿Dónde está?

—No lo sé. Todo está muy oscuro –respondió ella.

—¿Y qué oye? –siguió preguntando Van Helsing.

—Ruido de agua. Cadenas. Pasos de hombres. Olas.

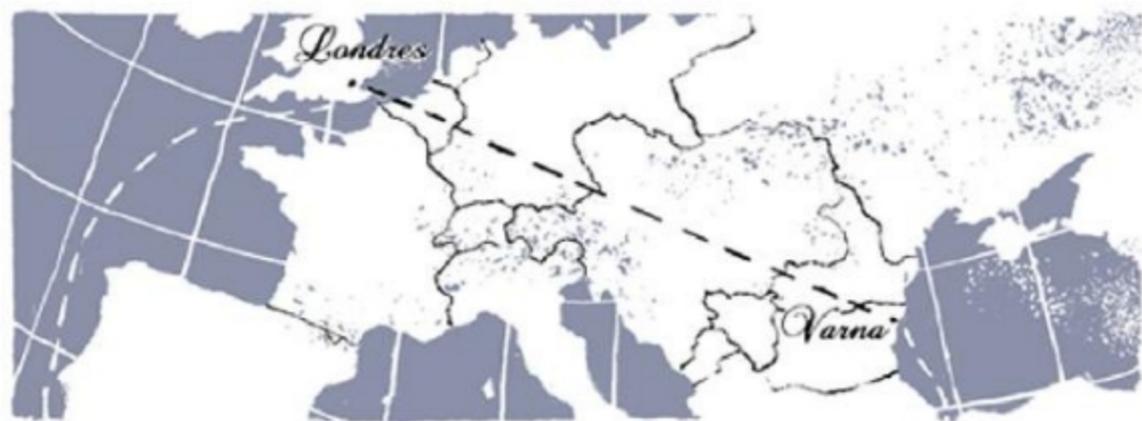
—¿Olas? –exclamó el profesor—. ¿Adónde va?

—A casa.

Entonces, el profesor despertó a Mina:

—¡Ya lo tenemos! El conde Drácula vuelve a su tierra.
Ha cogido un barco y se dirige a Transilvania.

29 Transilvania



Sin perder ni un minuto, rápidamente se dirigieron al puerto. Allí les dijeron que aquella mañana había zarpado hacia Varna un barco que se llamaba *Zarina Catalina* y que transportaba una caja de madera.

¡No había duda de que en él viajaba Drácula!

—Si viaja por mar tardará muchos días, —dijo el profesor—, porque el barco deberá atravesar todo el Mediterráneo, de oeste a este, hasta llegar al mar Negro.

Después, deberán cargar el ataúd en una carreta para llevarlo hasta el castillo de Drácula, en Transilvania.

Nosotros iremos por tierra, de manera que llegaremos antes que él y le esperaremos.

Seguro que esta vez no se escapará.

Mina dijo preocupada:

—Pero este viaje es muy largo. Necesitaremos caballos, carruajes... ¿De dónde sacaremos el dinero?

Arthur sonrió:

—No hay de qué preocuparse. Mi padre murió poco antes que mi querida Lucy

y me dejó una pequeña fortuna.
Yo pagaré todo lo que sea necesario
para acabar con Drácula.

Todos se lo agradecieron
de todo corazón.

—Entonces, ¡en marcha!
—exclamó el profesor, entusiasmado.

Pero no todo fue tan fácil como pensaban:
el conde Drácula consiguió esconderle
su pensamiento a Mina
y ellos no sabían dónde se encontraba.
Después, desvió el barco hacia otro puerto,
mientras ellos le esperaban en Varna.

—¡Maldito Drácula! —gritó el profesor.

Jonathan empezó a investigar por su cuenta
y se enteró de que el *Zarina Catalina*
se había dirigido más al norte, hacia Galati.
Esta ciudad rumana estaba situada
donde el río Siret se encuentra con el Danubio,

que desemboca en el mar Negro.
Así pues, desde Galati el vampiro
podía remontar el Siret y llegar a Transilvania.

En Varna, cogieron un tren
para dirigirse a Galati.
Drácula viajaba en una embarcación pequeña
con la que remontaba el río Siret.

El profesor exclamó:

—¡Claro! Vuelve a su castillo por el río
porque es más seguro.
Por tierra, podrían atacarle los bandoleros.

El doctor Seward comentó preocupado:

—¡Si llega al castillo, estaremos perdidos!
Allí no podremos hacer nada contra él.

Jonathan le contestó:

—Para llegar al castillo debe dejar el río
y cargar el ataúd en una carreta.

Yo sé dónde lo hará.

Todos se miraron conteniendo el aliento.

—Desembarcará en el mismo pueblo
al que yo llegué en tren: Bistrita
—continuó Jonathan—.

Remontando el Siret,
llegará al río que pasa por Bistrita
y, desde allí, una carreta le transportará al castillo.

—¡Pues en marcha! —gritó Arthur.

Jonathan dudaba entre
salir a cazar al malvado conde
o quedarse al lado de Mina y protegerla.

Como siempre, el viejo profesor
tenía la respuesta:

—Tú eres joven, Jonathan, y puedes luchar.
Yo ya estoy viejo, pero aún puedo vigilar
a la señora Harker.
Mientras vosotros vais río arriba,

ella y yo iremos en carruaje.

Nos encontraremos todos en el castillo.

30 El miedo



Tres días después, el profesor y Mina empezaron a atravesar los peligrosos bosques que rodeaban el castillo.

Hacía mucho frío y no vieron a nadie por el camino. Con la puesta de sol, el profesor desató los caballos para que descansasen.

Más tarde, encendió una hoguera.

Poco a poco, anocheció y empezaron a oírse los primeros aullidos de lobos. La cicatriz de la frente de Mina brillaba más que nunca.

—Tengo miedo, profesor.

—Es natural, señora Harker. Yo también estoy asustado.

Poco después, una espesa niebla los envolvió y aparecieron unas figuras blancas que se acercaban a la joven. El profesor Van Helsing le dijo:

—No se mueva del círculo de fuego. Sus llamas nos protegen.

Las figuras fueron tomando la forma de tres mujeres de ojos negros y dientes muy blancos. Eran las mismas que Jonathan había visto

en el castillo.

No eran brujas, sino vampiras.

—Ven con nosotras, hermana
—le susurraban.

Pero Mina no era una de ellas. Todavía no.
No se movió de donde estaba.

Entonces el profesor cogió una rama encendida
y una cruz.

Las mujeres gritaron de una forma horrible,
pero no se fueron.

—No nos dejarán en paz en toda la noche
—dijo Van Helsing.

Y así fue; estuvieron allí hasta que salió el sol.
Fue una noche terrible
y ni Mina ni el profesor pudieron dormir.

—Comamos algo, señora Harker.
Debemos recuperar fuerzas.

—No tengo hambre, solo sueño. Quiero dormir.

Cuanto más tiempo pasaba,
más se comportaba Mina como una vampira:
no comía, y dormía todo el día.
Pero el viejo profesor sabía qué debía hacer.

31 El trabajo del profesor



Por la mañana, el profesor dejó a Mina durmiendo dentro del círculo de fuego y se fue solo al castillo. Sabía que dentro de aquel círculo, y de día, ningún vampiro la atacaría.

Sin embargo, tenía miedo de que se acercase algún lobo, y rezaba para que todo saliese bien.

Van Helsing entró en el castillo y encontró la capilla sin mucha dificultad. Era como Jonathan la había descrito en su diario.

Buscaba las tumbas de las vampiras. Debía hacer lo mismo que habían hecho en la tumba de Lucy. Pero ahora estaba solo. «¿Tendré la fuerza necesaria?», se preguntó.

Por fin encontró la primera tumba y a una vampira durmiendo en ella. El profesor la miró fijamente. «¿Era posible que aquella mujer tan hermosa fuese una vampira?», se dijo. El profesor casi sintió pena por ella, pero debía matarla.

Le clavó una estaca en el pecho. Después, encontró a las otras dos vampiras e hizo lo mismo. Ellas gritaron y **se retorcieron** en la caja como lo había hecho Lucy.

Sin embargo, después se quedaron tranquilas:
por fin estaban muertas.

El profesor buscó más vampiros en la capilla,
pero las tumbas estaban vacías.

Entonces, vio una que era más grande
e impresionante que las demás.

En ella había un nombre escrito,
DRÁCULA, pero la caja estaba vacía.



32 El ataque final



Van Helsing salió del castillo y se reunió con Mina. La joven estaba pálida y muy cansada. Empezaba a nevar mucho, así que buscaron una cueva donde **resguardarse**.

De vez en cuando, el profesor salía para vigilar el camino que pasaba por debajo de la cueva

y que conducía al castillo de Drácula. De repente, gritó:

—¡Mire, señora Harker! ¡Mire!

Mina salió de la cueva para ver lo que Van Helsing le señalaba. Unos cingaros a caballo arrastraban una carreta con una caja encima. ¡Era la del conde Drácula! Los caballos iban muy rápido y hacían que se moviera de un lado a otro. Parecía que, en cualquier momento, se caería de la carreta.

Oscurecía rápidamente y la carreta estaba a punto de llegar al castillo.

—Oh, ¡Dios mío! No puede ser. No puede ser —se lamentaba el profesor, muy triste—. Drácula llegará al castillo.

—No podemos hacer nada —lloraba Mina.

Si el conde llegaba al castillo, todo habría acabado y Mina se convertiría en una vampira. Entonces, no habría ninguna esperanza.

Sin embargo, un instante después, Mina gritó:

—¡Mire, mire! ¡Tres hombres a caballo!
¡Deben de ser Jonathan, el doctor y Arthur!
¡Dios mío!

Los tres hombres lograron llegar al lado de la carreta. Entonces, empezó una gran pelea: los cingaros pararon los caballos, sacaron unos cuchillos enormes y atacaron a los tres hombres.

Mina y el profesor seguían la lucha nerviosos.

—¡Hay muchos cingaros y ellos solo son tres!
—gritó Mina.

—Pero los nuestros tienen pistolas
—la animó el profesor.

Enseguida, se oyeron unos tiros y algunos cingaros cayeron muertos.

La lucha continuó. Mientras Arthur y el doctor combatían contra los cingaros, Jonathan subió a la carreta. Finalmente, los cingaros huyeron con sus caballos mientras el doctor y Arthur seguían disparando.

Jonathan ya había abierto la caja. Desde donde estaban, el profesor y Mina pudieron ver a Drácula durmiendo en su ataúd.

El muchacho alzó la estaca mientras el sol se ponía. ¡Apenas quedaba tiempo! Entonces, se oyó un grito salvaje: Jonathan había clavado la estaca en el pecho de Drácula y el cuerpo se estaba deshaciendo. ¡Drácula por fin había sido vencido!

El profesor y Mina se abrazaron llorando.

Él le dio un beso en la frente:
ya no tenía ninguna señal.

Dicen que, en Transilvania,
el castillo del conde Drácula
continúa elevándose, hoy en día,
como un fantasma encima del precipicio.



Y TÚ, ¿CÓMO LO VES?



1 Vampiros y leyendas

a) Las historias de vampiros siempre han formado parte del folclore de Transilvania y, durante mucho tiempo, la gente ha creído en la existencia de estos seres.

¿Piensas que aún hay personas que creen en este tipo de historias?

¿Conoces alguna leyenda parecida que tenga como protagonista a algún otro animal fantástico?

b) La palabra *vampiro* también se puede aplicar a alguien que se aprovecha de los demás sin darles nada a cambio. Hay otros nombres de animal que se utilizan para describir cualidades o actitudes de las personas.

¿Puedes dar algunos ejemplos y explicar qué significan?

2 Viajes y comunicaciones

a) Jonathan Harker hace un viaje muy largo hasta Transilvania.

¿Qué medios de transporte utiliza? ¿Cómo se haría hoy en día un viaje como este? Desde tu punto de vista, ¿cuáles son las ventajas y los inconvenientes en cada caso?

b) Esta historia está ambientada en una época en la que las personas alejadas entre sí se comunicaban por carta. Si pasase hoy, ¿cómo crees que se pondrían en contacto? Si quieres explicar algo a un amigo que vive lejos, ¿cómo lo haces? ¿Crees que por teléfono o con el ordenador podemos expresar cualquier sentimiento?

3 La amistad, la confianza y el amor

a) Cuando Mina se da cuenta de que Lucy es sonámbula, decide vigilarla de cerca. El comportamiento de Mina es un ejemplo de cómo la amistad es más fuerte que el miedo, incluso en circunstancias difíciles.

¿Has ayudado a alguien que se encontraba en una situación difícil sin plantearte si corrías peligro? Si es así, explica qué hiciste.

Y tú, ¿has recibido el apoyo de un amigo cuando más lo necesitabas? ¿Cómo valoras esta actitud?

b) Después de visitar a Lucy, el profesor Van Helsing da unos consejos muy extraños para salvar a la joven, y Arthur y Mina le obedecen ciegamente.

¿Por qué piensas que confían tanto en Van Helsing?

¿En qué crees que se basa la confianza?

¿Crees que es una cualidad importante? ¿Por qué?

c) Jonathan escribe un diario en el que explica todos los hechos extraordinarios que vive en el castillo de Drácula.

¿Por qué crees que decide escribir este diario?

¿Te parece bien que Mina lo lea sin su consentimiento?

Y tú, ¿has escrito alguna vez un diario? ¿Cómo reaccionarías si supieras que alguien a quien quieres lo ha leído sin permiso?

< 4 El miedo y el misterio

a) Los personajes de esta obra viven muchas situaciones terroríficas.

Al leerla, quizá tú has tenido ese mismo sentimiento.

¿Por qué crees que *Drácula* se considera una novela de terror?

¿Qué elementos te hacen pensarlo?

¿Has tenido alguna vez una experiencia terrorífica? ¿Cuál?

¿Cómo reaccionaste?

b) Imagínate que eres uno de los personajes de la novela.

¿En qué situación habrías tenido más miedo? ¿Por qué?

c) En este libro, el misterio de Drácula se va desvelando lentamente, a medida que la historia avanza.

¿Crees que el misterio y el miedo siempre están relacionados?

¿Por qué? ¿Conoces alguna historia de misterio o intriga que no dé miedo? Explícala.

5 El trabajo en equipo

a) Como has leído, los protagonistas de esta novela forman un equipo para destruir al enemigo común.

¿Qué ventajas crees que tiene trabajar en equipo?

b) A menudo, cuando se trabaja en equipo, hay alguien que toma

la iniciativa y decide qué hay que hacer en cada momento.

¿Quién juega este papel en la novela? Y tú, ¿acostumbras a organizar y distribuir el trabajo, o bien prefieres que eso lo haga otra persona?

c) ¿Cuál es el personaje de los que luchan contra Drácula que te gusta más? ¿Por qué? ¿Qué cualidades destacarías de él?



GLOSARIO



El **cochero** es la persona que conduce un carruaje.



Una **diligencia** es un carruaje que antiguamente se utilizaba para transportar viajeros.



Los **aullidos** son gritos largos y lastimeros de algunos animales, como lobos o perros.



La **morada** es el lugar donde vive alguien.



Una **mansión** es una casa grande, lujosa y cara.



Una **capilla** es una iglesia pequeña que puede estar instalada en un palacio, un castillo, una casa particular...



Siniestro significa malintencionado o maligno.



Retroceder es dar marcha atrás.



Explorar significa recorrer o examinar un lugar o una cosa.



Un **precipicio** es un corte profundo en el terreno que desciende verticalmente.



Poner los pelos de punta es una expresión que se utiliza cuando alguien tiene mucho miedo.



Un **cíngaro** es una persona que forma parte de las comunidades de gitanos de Europa oriental.



Derruido significa derribado, derrumbado, caído.



Un **ataúd** es una caja de madera donde se coloca el cuerpo de una persona muerta para enterrarlo.



Una **abadía** es una iglesia o un monasterio con un territorio que le pertenece.



Un **acantilado** es una pendiente en vertical que da al mar, en una costa rocosa.



Un barco **atraca** cuando se acerca a puerto.



Examinar es observar una cosa para conocer todos sus detalles.



Un barco **zarpa** cuando se marcha del sitio donde estaba anclado.



Pálida significa que tiene la piel de la cara más blanca o menos rosada de lo normal.



Una **transfusión** es la acción de introducir a una persona sangre de otra.



Las flores o plantas **medicinales** son aquellas que sirven para curar enfermedades.



Un **murciélago** es un mamífero pequeño de color oscuro, orejas grandes y patas unidas por una membrana que utiliza para volar. Sale de noche y se alimenta de insectos.



El **camisón** es el vestido amplio y suelto que usan las mujeres para dormir.



Un **panteón** es un monumento funerario que contiene las tumbas de una familia.



Una **estaca** es un palo con una punta en un extremo.



Remove es agitarse de un lado a otro.



Alojar es dar a alguien un lugar en que pueda vivir durante un tiempo.



El **aliento** es el aire que expulsamos cuando respiramos.



La **propina** es la cantidad de dinero que se da voluntariamente a cambio de un servicio.



Hipnotizar es hacer que una persona se duerma profundamente para saber lo que piensa o para que haga todo lo que se le dice.



Retorcerse es hacer movimientos bruscos, por ejemplo, a causa de un dolor muy fuerte.



Resguardarse significa defenderse o protegerse de algo dañino.



reproducción), sin el permiso escrito de los titulares del *copyright* y de la editorial.



www.almadrabaLIJ.com

Adaptación a la Lectura Fácil: E. Salvador
Diseño de cubierta: D. Obradó

© N. Pradas, sobre la versión adaptada
© Danide, sobre las ilustraciones
© Hermes Editora General, S. A. U. – Almadraba Editorial, sobre la presente edición

ISBN e-book: 9788483088517

 Esta obra sigue las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Libraries Associations and Institutions) para materiales de Lectura Fácil dirigidos a alumnos con dificultades de comprensión lectora. Tiene la aprobación de la Asociación Lectura Fácil (Barcelona).

Prohibida la reproducción o la transmisión total o parcial de este libro en cualquier forma y en cualquier medio, electrónico o mecánico (fotocopia, registro o cualquier tipo de almacenamiento de información o sistema de